

DUMONT: *Le Scepticisme et le Phénomène*. Vrin. Paris, 1972, 256 páginas.

El autor divide su estudio en dos partes. Una primera es dedicada al influjo del escepticismo griego, es decir las teorías de Pirron, Timon, Aenesidemo, y Sexto Empírico, en la filosofía posterior. La segunda consiste en un estudio pormenorizado de la concepción de experiencia sensible de estos autores. Para ello el autor estudia detalladamente y siguiendo un orden cronológico los pocos textos que nos han llegado. La tesis fundamental de esta, la más importante parte de la obra es que el escepticismo mantiene una teoría fenomenista de la experiencia sensible que en cierta medida también sostienen atomistas, sofistas, Platón e incluso Aristóteles (pág. 117). Difieren naturalmente en la forma de responder a las dificultades, que esta concepción implica. La fuerza de esta tesis consiste en la vinculación con los autores clásicos de las escuelas escépticas. Asimismo su análisis permite comprender el mérito de las posiciones escépticas, a saber la de actualizar con el máximo rigor las dificultades que sistemas más creativos habían intentado solucionar.

La segunda parte de la obra dedicada a la presencia del escepticismo griego parece de menor importancia. La conclusión del autor me parece irrefutable: «l'histoire des lectures succesives d'une philosophie devenue un objet pour le philosophe, atteste que le modèle du phénoménisme peut s'appliquer à tous les objets y compris le phénoménisme même» (pág. 236). Algunos de los casos concretos no dejan de ser curiosos. Hume, por ejemplo, llamaba pirronianas a teorías que tendrían que ser atribuidas a los académicos, mientras que su propia postura tal como queda expuesta en la última sección de la *Enquiry...*, se acerca más a la de los escépticos mismos. Lo más valioso de esta parte es la recusación de la corrección del testimonio de Cicerón, que a través de San Agustín influyó grandemente en el concepto medieval de escepticismo. Cuando escribió, Cicerón polemizaba con la escuela académica más que con la escéptica, entonces en un momento de escaso auge.

A propósito de esta exposición histórica, conviene puntualizar que si bien la filosofía griega es muy leída en Europa a partir del Renacimiento —como por otro lado ha aclarado el autor a propósito del escepticismo— su divulgación se realiza sólo en la medida en que coincide con y avala teorías a las que en principio se ha llegado por otros caminos. No se impone por sí misma. Esto lo ve bien el autor, cuando nos habla de una «recreación» en Montaigne del

escepticismo griego, a pesar de que conociese la obra de Sexto Empírico. Con vistas a la comprensión de las influencias de unos filósofos en otros el rigor con que se conoce los autores en que uno se inspira resulta de valor secundario. Por eso fue inevitable que el legado antiguo sufriese alteraciones tales como Cassirer ha mostrado a propósito del estoicismo, o por lo menos adiciones que serían inconcebibles para el hombre griego. En el caso del escepticismo Popkin ha mostrado como la dimensión fideista del de Montaigne constituye una innovación. Y esta sería el sentido de las «traiciones creadoras» de las que el autor nos habla. Por otra parte el desconocimiento de estos autores no sólo sería la consecuencia de la escasez de textos sino también del hecho de que sus intérpretes se encontraban insertos en un momento histórico de otras tradiciones y problemas.

JAIME DE SALAS ORTUETA.